



«París.—Una 'chauffeur' poniendo el automóvil en marcha. (De fotografía de Branger).» 1907, n.º 1.311, p. 114.

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Se habla mucho estos días del encarecimiento del tabaco. Con tan favorable ocasión, salen á relucir, por centésima vez, las ventajas é inconvenientes del hábito de fumar (no me atrevo á llamarle vicio.)

Sin duda el fumar es completamente innecesario. Antes de que los españoles descubriésemos á la

«virgen del mundo, América inocente»

que gracias á nosotros se ha incorporado á la civilización, nadie pensaba en quemar la mágica hierba... Se vivía tan ricamente sin sospecharla, lo mismo que sin otros artículos que han llegado á parecernos de toda precisión. Y la humanidad (siquiera la de nuestro continente), tenía un «placer vicioso» menos,—como diría Tolstoy.

Pero ya se sabe que lo conocido es lo deseado, y, al difundirse el uso del tabaco, llegó á constituir para los españoles, una especie de segunda naturaleza, la fumadura. En vez de disminuir el consumo, aumenta cada día, y el mendigo como el aristócrata, ven en el cigarro lo que no ven en el pan. Mejor sufre un español el hambre, que la privación de tabaco. Lo último que pide el reo de muerte al encaminarse al lugar del suplicio, es un pitillo que, atadas sus manos, un alma caritativa acercará á sus labios, á fin de que en el postrer instante el vaho de la misteriosa hierba ensañadora adormezca el espanto ante el más allá...

Había que reirse oyendo los planes de organizar una enérgica protesta contra el recargo del tabaco.—«No fumamos más... Nos privamos, siquiera una temporada... Huelga de consumidores... Ya verán...»—¡A cualquier hora! ¡Privarse! No existe esa tensión de voluntad en la gente. Los burgueses (y en este caso llamo burgués hasta al obrero, mezclado con los burgueses y compitiendo con ellos en la imposibilidad de renunciar al hábito contraído), los burgueses, digo, no saben organizar la huelga. Sufren lo que se les impone, é ignoran las resistencias colectivas.

No cabe duda: si los fumadores pudiesen abstenerse, quince, veinte días, un mes..., el quebranto de la Compañía sería formidable, y quizás acabase por transigir y volver las cosas á su pristino estado. Pero es tanto como creer que los proyectistas se conformasen á no respirar.

Se conformarán, es lo seguro, á pagar algo más; esta clase de conformidad es muy propia de nuestro carácter, que tiene poco de previsor, de minucioso, y no da importancia á los gastos pequeños y diarios. El español no repara en una peseta, aunque esa peseta, agregada á los demás gascillos, le desequilibre. Retrocede ante las cantidades fuertes, y no se fija en que una peseta todos los días son treinta pesetas al cabo del mes, y trescientas sesenta y cinco al año. La peseta que cada día tira garbosamente el español, es el ahorro nacional que debiera realizarse, y que acaso nos salvase de conflictos económicos, acaso asegurase nuestro porvenir. Y el tabaco entra por mucho en ese gasto superfluo, que he fijado á bulto en una peseta, pero que puede oscilar entre diez céntimos y un duro, á proporción de los recursos del derrochador.

Hay una clase de españoles que fuma sin sacrificio pecuniario. Recogen las colasas, en el arroyo, y con este despojo se remedian. O lo utilizan directamente, ó lo compran á precio muy bajo. El asco, la repugnancia, son melindres de ricos, de poderosos. Buena es la colilla, habiendo señores que tiran el puro empezado apenas.

El tabaco fomenta la igualdad democrática: como todos fuman, todos pueden permitirse pedir el pitillo y hasta la cerilla á quien los tenga, y este favor es de los que no se rehúsan. Otra manifestación de nuestra gallardía. Yo no he visto que en el extranjero se pida nada á nadie, á título gratuito. En España se pide una flor, se pide un dulce, se pide un cigarro, y se da, generalmente, sin dificultad alguna. El cigarro es muy social: crea lazos, estrecha distancias, establece cordialidades y, en gran parte, en el cigarro se basa ese tinte confluente que tan fácilmente adquiere el

trato entre nosotros. No es una nota elegante ni fina esta perpetua fumadura de los españoles, pero tiene cierto encanto de bondad y franqueza.

El tabaco, ya lo he dicho, tiene sus inconvenientes y sus ventajas, y esto lo reconocen hasta los higienistas que más severamente lo condenan. Es un desinfectante, y aísla la boca y la garganta y aun los pulmones, protegiéndolos contra el aire exterior demasiado frío. Es un calmante, y los nervios reciben de él bienhechora influencia. Es sin disputa un entretenimiento grato, y hay en el humo espirado cierta poesía, un encanto perezoso. Pero también debe reconocerse que el tabaco encierra un veneno, todo lo lento que se quiera, pero veneno al fin. La nicotina es altamente tóxica. Si nos atenemos á lo que escriben los médicos ilustres, ataca al corazón, ataca al cerebro, á los pulmones, á la laringe, y muchas cardiopatías y congestiones pulmonares deben atribuirse sencillamente al uso del tabaco. La afirmación reviste caracteres de verdad; la experiencia lo confirma. No en balde, en las enfermedades de garganta y órganos respiratorios, se suele vedar el uso del tabaco.

Por otra parte, el tabaco, si es social, no es cortés ni respetuoso. Se puede comer y beber delante de las más elevadas personas, en el buffet de un baile ó en el lunch que ofrece una Sociedad: esto no envuelve desacato. El fumar sí. Los hijos comen con sus padres, pero, generalmente, no fuman delante de ellos. El inferior no enciende el cigarro en presencia del superior. El hombre, ante una mujer, no fuma, si es galante, á menos que le autoricen. Todo ello indica la especie de libertad holgada que representa el cigarro. Nunca el cigarro hará migas con la finura, como las hizo antaño el oloroso rapé.

Se me objetará que fuman las señoras más elegantes, las de más alta condición. Así es, realmente, y si las españolas rara vez encienden el cigarrillo, las extranjeras cultivan los largos turcos, cuando no la cajetilla vulgar. Equivocadamente se suele suponer que el fumar es propio de hembras de mal nombre. Fuman efectivamente las daifas, pero fuman señoras en cuya altura social y moral no hay que poner tilde. No se puede sacar de esto del cigarro consecuencias de ese género picaresco-inocente que tan usual es aquí, en un país donde—habiendo hablado latín doña Beatriz Galindo, la reina Católica y su hija doña Juana de Castilla,—se ha establecido como axioma que debemos guardarnos «de mujer que habla latín y de mula que hace him». Todo lo que á la mujer se refiere tiene el privilegio de sugerir muy peregrinos disparates, y sobre la mujer que fuma no escasean. Y conste que no defiendo causa propia, pues ni fumo, ni se me pasan ganas de ello. Pero encuentro candoroso juzgar la conducta de una mujer por el consumo que pueda hacer de una planta liada en unos papellitos. Hay países donde, según se dice, fuma la mayoría de las mujeres; y parecería sobrado injusto, sacar la consecuencia que en caso tal impondría la lógica.

Mayores boberías se oyen aún, referentes á los dichos pantalones femeninos, que por ahora poco molestan, ya que no los usa nadie. De esto hablaba en mi última crónica. Las imaginaciones están muy despabiladas y excitadas con tal pretexto, y yo escuché—entre varias apreciaciones más ó menos divertidas,—la de que, si triunfa la discutida moda, la mujer perderá gran parte, y acaso el total de su atractivo, garabato y chiste para el hombre. Lo cierto es que, si así fuese, no habría cosa más moralizadora que dicha prenda de vestir, y debieran recomendarla los padres de familia. Sólo que ya verán ustedes como no pasa nada. Siempre que hay una innovación que afecta á la mujer, salen á plaza opiniones tan acertadas como la anterior. No falta quien sostenga seriamente que, cuando las mujeres sean abogadas, médicas, empleadas ó algo por el estilo, los hombres renunciarán, no ya á la santa coyunda, sino á toda cariñosa aproximación. Como la especie humana no corriese otro peligro...

Es tan poderosa la ley natural á que obedece la atracción de la mujer para el hombre, que no han de modificarla sensiblemente circunstancias sociales ni problemas de indumentaria. Ejerza la mujer la profesión que ejerza y vístase como se vista, la ley natural surtirá sus efectos, dispuestos por el Creador para la conservación de nuestro linaje, y la mujer no sólo llenará tal fin, sino que servirá de consuelo, compañía y alegría, en el tránsito por este valle. A fe que si dos metros de tela con corte al bies ó al hilo y con paños cosidos separados ó juntos pudiesen influir decisivamente en tan grave y trascendental cuestión, pudieran los modistos hombrarse con Dios Padre.

Afirmábase también, allá hace años, que el estudio, en las mujeres, las desviaría del deber y del amor maternal. Apliquemos la misma reflexión. El amor maternal es una cosa no sentida á voluntad: es una imposición de la naturaleza, y forma parte integrante

del plan divino. No hay ciencia ni ignorancia que puedan con el amor maternal. Bueno fuera que esto se aprendiese ó se olvidase en los libros. Los hombres también quieren, y muy entrañablemente, á sus hijos, y á nadie se le ha ocurrido que un hombre, al estudiar, se convierta en padre desnaturalizado.

Cuando se verifique la revisión de nuestras ideas contemporáneas, ha de haber infinitas por las cuales la mentalidad de nuestra época sufra considerable depreciación. Incluyo en el número de las ideas que parecerán pueriles y miserables, la inmensa mayoría de las corrientes acerca de la mujer. Una novedad de sastrería, como la falda-pantalón, basta para que arree el chaparrón de simplezas.

Y el caso es que otras innovaciones de *toilette* asaz más peligrosas, no produjeron susto. Yo recuerdo que, en mis juventudes, vino la moda de unos terciopelos muy largos anudados al cuello, que colgaban sobre la falda y recibían el nombre desvergonzado de «sígueme, pollo.» Y nadie se alarmó, nadie protestó. Matronas honradas y honestas vírgenes fueron de callejeo, diciendo á los «pollos», por medio de varios metros de terciopelo negro ó azul, que las siguiesen. Ahora, entre los sombrerones que se gastan, existe un modelo caído sobre el lado izquierdo de la cara, que se denomina expresivamente *Voilà mon mari*. Es decir, que el sombrero supone y da por hecho que la esposa va con un acompañante, al cual avisa para que, por medio del sombrero, que tapa el rostro, pase la pareja al lado del ofendido consorte, burlando su vigilancia. Usan sin embargo este modelo muy recatadas dueñas. Nadie negará que es más subversivo, al menos en el nombre, que la osada falda-pantalón.

A ella deberemos, y seguiremos debiendo, reiteradas ocasiones de comprobar lo infinito que es el número de los que Salomón llamaba estultos, y nosotros, tontos perdidos. Una vez más servirá el borroso cliché de la mujer «perdiendo sus encantos naturales al pretender masculinizarse,» y del hombre, repentinamente desimpresionado de los sugestivos efectos de aquellos encantos, y cobrando á la mujer una especie de antipatía púdica y sensata.

Volviendo al encarecimiento del cigarro, si yo soy la Compañía, lo pongo más alto aún, y se sigue fumando lo mismo. Nadie se priva de lo que ha llegado á constituir, antes que una delicia, un hábito indesarraigable.

No repuebo, como antes dejo dicho, el cigarro; pero anhelo ver desterrada la pésima costumbre de fumar á los postres de las comidas, antes de que los comensales abandonen la mesa.

Se me dirá que eso no se hace entre gente de buena crianza. No se hará en comidas que revistan alguna ceremonia; ciertamente no se hace en banquetes diplomáticos; pero hay muchos hombres, personas por otra parte excelentemente educadas, que han adquirido la maña, y antes de que aparezcan el flan ó el soufflé, piden permiso, ó no lo piden si están en confianza, y encienden su inevitable susini ó su puro. Y, si los hombres mal acostumbrados son dos ó tres, vierais envueltas en volutas de humo las cabezas de las señoras y, de entre la nube cada vez más densa, destacarse la fuente de crema, el pudding al ron, ó la torta Moka, que sabrán, ó por lo menos olerán, á tabacada.

¿Y qué diremos de los que se habilitan á no escribir sin encender cigarro tras cigarro? Jorge Sand había contraído tal manía; no le era posible componer página de novela sin fumadura. La actividad de su labor se medía por las colillas arrojadas al suelo. Sin embargo, á no existir tabaco en el mundo, la ilustre autora de *Lelia* hubiese creado lo mismo. Es una exigencia artificial, como hemos dicho antes, ésta del tabaco: pero llega á revestir los caracteres de necesidad verdadera, porque, como dijo cierto sabio, «el hombre es un animal que se acostumbra á todo.»

Las ilusiones, los proyectos y esperanzas humanas suelen ser humo—decíame un amigo aficionado á la estadística y á los cigarros escogidos,—pero, si pudiésemos calcular con exactitud lo que consumimos de tabaco, veríamos que es humo sobre todo nuestro modesto capital, cuando apreciamos los buenos vengueros y exquisitas brevas. Nos disolvemos, nos evaporamos en humo. De nuestra vida sólo queda una estela de humo, que disipa el viento. Nosotros los empedernidos é impenitentes fumadores, sí que podemos decir, con el poeta:

«humo las glorias de la vida son.»

En efecto: si el dinero que se gasta en fumar se ahorrase, España figuraría entre las naciones de mayor resistencia económica... Y diremos, con el fatalismo de un hijo del Atlas: En el fondo ¿qué más da? Todo, al correr del tiempo, se resuelve en humareda...

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.